

## CAPITULO I.

Del origen y fundacion de España. — Su situacion geográfica, sus principales montes, rios y producciones, etc.

El primer hecho en que debe tropezar forzosamente todo historiador, al hablar del mas remoto origen de un pueblo ó una nacion cualquiera, es la inmensa catástrofe que sumergió la tierra entera durante cierto número de días en las horribles cataratas que abrieron la ira celeste para castigar los desórdenes y enormes delitos del linaje humano, y en la que este pereció casi en su totalidad.

El diluvio, acontecimiento marcado con gruesos é indelebles caracteres en las Páginas sagradas, vislumbrado mas ó menos groseramente en todas las tradiciones gentílicas, y plenamente comprobado por la ciencia, es, pues, el acontecimiento que debe servir de punto de partida al escribir los anales de un pueblo dado, toda vez que aquella tremenda é imponderable inundacion universal dió luego pábulo al orgullo humano para emprender la construccion de la gigantesca torre que desplomaron los huracanes de la cólera divina, y en cuyo derrumbamiento los descendientes de Adan hallaron la confusion de su idioma, la distincion de su raza, y el fraccionamiento de su nacionalidad.

Es indudable que desde los escombros de aquel monumento de maldicion el linaje humano se fué diseminando por toda la redondez del globo, y que de tan espantosa y universal dispersion se originaron las diversas naciones, castas y costumbres que establecen una línea divisoria entre unos y otros pueblos, y constituyen los rasgos característicos de su fisonomía y su existencia.

Despues de consultadas las principales fuentes históricas de nuestra patria, hemos de reconocer que entre ellas se observan algunas discordancias acerca de la época de su fundacion primitiva, lo cual nace indudablemente de la nebulosidad que envuelve los primeros siglos postdiluvianos.

De ahí depende que el escritor que trata de indagar quiénes fueron los primeros pobladores de nuestra hermosa Peninsula, qué costumbres tuvieron, por qué leyes se gobernaron, qué trajes usaron, cuál fue el grado de su civilizacion, y á qué divinidades tributaron culto, se pierde en el mas intrincado laberinto de suposiciones y conjeturas, en el que la imaginacion y la fábula son casi siempre el único norte de sus inciertos y vacilantes pasos.

Unos suponen que el primer fundador de España fue Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé, mientras otros opinan que fue Tarsis, biznieto del último, y por consiguiente nieto del primero; quien explica la palabra España por su derivacion de la fenicia Spania, que significa conejo ó cosa oculta; quien atribuye la predicha denominacion á Hispan, que se cree fue uno de sus reyes, ó á Hesperia, estrella de la tarde.

Por lo tanto, ya porque la índole de nuestro trabajo no nos permite extendernos demasiado en el resbaladizo terreno de las investigaciones, ya para no fatigar al lector con un catálogo de nombres mas ó menos fabulosos é inverosímiles, nos detendremos poco en tan enmarañado como controvertido asunto.

Segun el parecer de algunos historiadores antiguos, hubo en España en los tiempos de su fundacion una série ó cronología de reyes y héroes que dieron nombre á algunos de sus principales rios, comarcas y ciudades.

Háblase de los Geriones, de Argantonio, rey de los tartesios, de Hispalo, fundador de Hispalis ó Sevilla, Hespero, Gargoris y Abidis ó Abides, fruto de un incesto, y del cual se cuentan las cosas mas estupendas é increíbles; entre otras, que fue amamantado por las fieras, que estas deponian ante él sus feroces instintos, y que las olas del mar le respetaban, y se encargaban de llevarlo salvo á la playa, siempre que Rómulo le perseguía para darle muerte.

Dícese tambien que el inmediato sucesor de Tubal fue el rey Ibero, que dió nombre á la Iberia, al Ebro y á todos los iberos.

Cítase asimismo á Hércules, héroe egipcio de fuerza prodigiosa, en cuyo reinado se construyeron con materiales las columnas á que dió nombre aquel rey, y que se cree fueron los montes Calpe y Abyla, de una y otra parte del estrecho hercúleo ó de Gibraltar, con el objeto de cerrarlo, comunicándolo así con el Atlántico. Con lo que acabamos de referir bastará para formarse una idea de cuán frágil es la base en que se apoyan tales hipótesis y conjeturas.

Parece natural y verosímil que la nacion hispana, en los mas remotos tiempos, ocupase una extension territorial mucho menos considerable de la que ocupa en la actualidad. Sin embargo, la naturaleza ha trazado claramente los límites ó fronteras de nuestra patria. La colosal y formidable barrera pirenaica, que por el Norte la separa del resto del continente europeo, se levanta como el inexpugnable baluarte de su nacionalidad é independencia.

«La península ibérica de nuestros días se halla situada en el confín meridional de la Europa, entre los 5° 43' O., y los 6° 39' E. de longitud del meridiano de Madrid, y entre los 36° y 43° 46' N. de latitud. Tiene doscientas diez leguas en lo mas ancho, desde «Tarifa hasta el cabo Ortegal, y doscientas en lo mas largo, desde el cabo de Finisterre hasta el de Creus; su superficie es de mas de quince mil leguas cuadradas, y su poblacion de unos trece millones poco mas ó menos (1). Sus límites al O. son Portugal y el océano Atlántico, al N. el mar de Cantabria y los montes Piri-

(1) Actualmente el número de habitantes excede de 16.000.000, segun las mas recientes estadísticas.

queos, que la dividen de Francia, y al S. el Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar, que la separan de África (1).»

Entre las montañas las mas dignas de notarse son, además de la cordillera pirenaica, las sierras de Guipúzcoa, los montes de Oca, las montañas de Santander, de Jaca y Moncayo, las sierras de Albarracin, de Guadarrama, Sierra-Morena, Sierra-Nevada, Monseny y Monserrat. Descuellan entre los rios el Ebro, el Tajo, el Duero, el Guadalquivir y el Guadiana, navegables, al menos en algunas estaciones del año.

Infinitas, ricas y variadas son las producciones del suelo español. Encuéntrense en él abundantes minas de preciosos metales, tales como la plata, el oro, el hierro, el azogue, etc.

Sus ricas é inagotables cuencas carboníferas de Aragon, Cataluña y otras provincias, prueban con harta claridad que si nuestro hermoso país estuviera dotado de mas vias de comunicacion para facilitar la extraccion de dichos productos minerales, no solo pudiera eximirse del tributo que paga, por este concepto, principalmente á Inglaterra y á otras naciones, sino que hasta le seria permitido exportarlos en grandes cantidades.

El reino vegetal ostenta, en las diversas zonas y comarcas de España, toda su pompa, verdor y lozanía. Casi todos los árboles y plantas originarias de la mayor parte de regiones del globo se aclimatan y medran admirablemente en el privilegiado suelo español, en el que parecen hallarse diseminados todos los climas del universo.

El cúmulo de bellezas y maravillas que la naturaleza ha derramado á manos llenas sobre nuestra Peninsula, la pureza y diafanidad de su cielo, especialmente hácia las regiones del Mediodía, la feracidad de sus campos, la majestad de sus montes, lo pintoresco de sus costas y riberas, y el espléndido zafir de sus mares, convierten á nuestra patria en el país mas agradable y encantador del mundo.

Las circunstancias que acabamos de enumerar han motivado que la mitología pagana colocara en España sus Campos Eliseos, y tambien han originado la suposicion de que el paraíso terrenal, que perdieron nuestros primeros padres junto con su inocencia, debía de hallarse enclavado en algun punto de la deliciosa Iberia.

Cuéntase que Noé, mientras las aguas del diluvio cubrian toda la faz de la tierra, al cruzar con su arca las orillas del Ebro, hasta llegar á las inaccesibles cimas de los Pirineos, desde donde vió por primera vez el Océano, debió de reconocer su país natal.

Léjos de nosotros el censurar las conjeturas mas ó menos eruditas y verosímiles que pueden hacerse sobre el particular; pues cuando no probaran otra cosa, siempre servirian para poner de relieve el acendrado patriotismo de su autor ó autores, ó cuando menos ese noble y ardiente afán de la inteligencia humana para andar en busca de lo desconocido por el árido terreno de las investigaciones, y sin desviarse de la senda trazada por la revelacion.

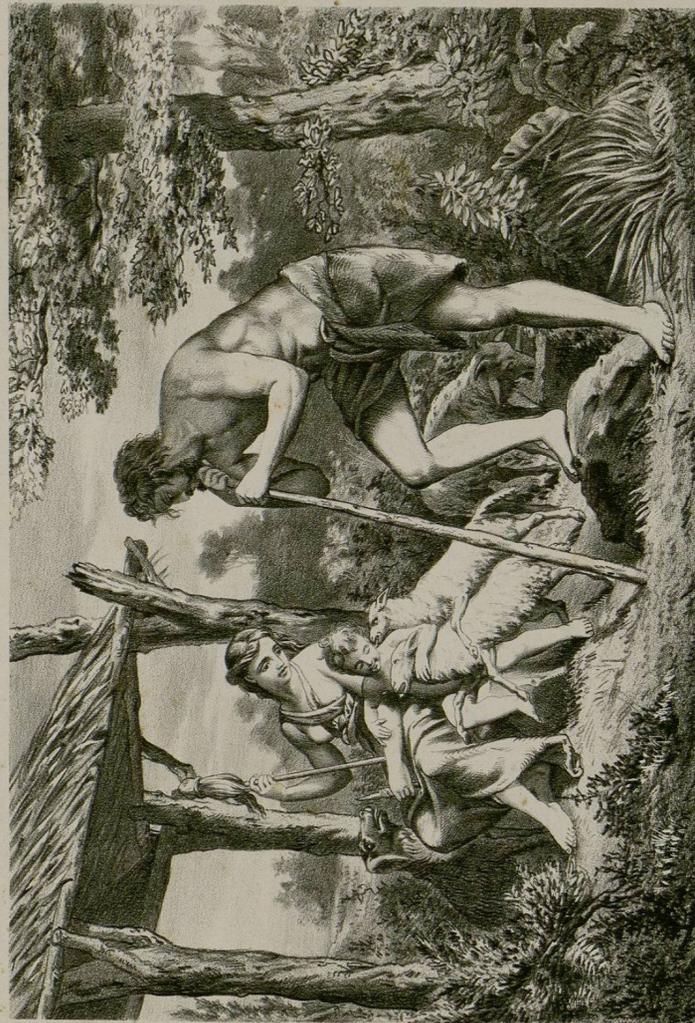
Sin embargo, á pesar de lo referido, nos permitiremos hacer algunas observaciones que acuden en tropel á nuestra mente en estos momentos.

Que la naturaleza ha concedido ventajas y beneficios á nuestro país que ha negado á muchísimos otros, es cosa evidente y que salta á la vista del mas miope. Empero, de eso á sentar el principio de que el delicioso sitio donde el Ereator colocara al jefe de la humanidad, antes que este y su compañera incurrieran en la cólera y maldicion divina, debía de hallarse situado precisamente en la península ibérica, media, á nuestro ver, una distancia incalculable. Bien es verdad que del texto genesiaco pueden acaso desprenderse algunas leves chispas para aclarar un tanto el incommensurable océano de sombras que se interpone entre la investigacion humana y tan remoto como indescifrable acontecimiento; mas, con todo, parecemos imposible trazar una senda bastante recta y segura donde pueda llegarse á su certeza y pleno convencimiento.

Parece asimismo fuera de duda que el diluvio debió obrar una revolucion inmensa en nuestro globo, y que probablemente aquel tremendo cataclismo originó la abertura del estrecho de Gibraltar y el de Bhering en el Norte de América, así como la formacion de los istmos de Panamá y de Suez, y otras transformaciones observadas por los geólogos y naturalistas en la vasta superficie del planeta terrestre.

No obstante, nos parece lógico y natural que, habiendo Dios cerrado para siempre á la criatura rebelde el lugar de delicias que le designara por su morada despues de haberle sacado del polvo é infundido un soplo de inmortalidad, permitiera asimismo que las trazas y vestigios de tan feliz mansion quedaran para siempre borradas y perdidas para la humanidad decaida. El Angel de formidable majestad colocado en los umbrales del paraíso terrenal para custodiarlo, y prohibir la entrada á la raza de Adan, parece venir en apoyo de nuestra opinion. Aquel mensajero de la Divinidad, de que nos habla el Génesis, guardando la seductora mansion de que la culpa acababa de expulsar al hombre, parece decir á todas las generaciones humanas: «Esta morada que perdisteis por la rebeldía de «vuestros primeros padres, no la busqueis ya en la tierra, sino en «el cielo: desde este instante hasta la consumacion de los siglos solo allí hallaréis la inmortal patria de vuestros corazones y vuestras «esperanzas.»

(1) Cortada, *Historia de España*, pág. 13.



PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA.

Riera Editor, Barcelona Rubador 24 y 26.

## CAPITULO II.

De los primeros pobladores de España. — Sus costumbres, sus trajes, su religion, etc.

ENCONTRADAS andan tambien las opiniones acerca los primeros pueblos que poblaron á España y la época en que se verificó dicho suceso, que un historiador hace remontar al año 2334 antes de la era cristiana, ó sea poco despues del diluvio universal y durante la vida de Noé. Y cuenta, que la remotísima fecha que acabamos de citar no se referiria al hecho de la poblacion, sino al de la repoblacion, suponiendo precisamente que el segundo de los patriarcas bíblicos ya habitaba nuestra Península antes de la catástrofe diluviana.

Hay quien pretende que entre los mas antiguos pobladores de nuestra Península figuran los vascos, y que la voz España es derivada de Ezpaña (*labio*) en vasconce, y tambien que este idioma es acaso el primitivo que usaron los españoles.

Parece tambien que los galos invadieron la Iberia, sujetaron á los vascos, sus mas antiguos habitantes ó fundadores, y quizá die-ron algunos de sus nombres á varias comarcas, rios, etc.

Segun las crónicas de los griegos y romanos (pueblos que á la sazón marchaban al frente de la civilizacion), las primeras gentes que vinieron á España, además de los vascos, fueron los asturos, los cántabros, los calecos, los lusitanos, los celtiberos, los vacceos, los turdetanos, los oretanos, los carpetanos, los edetanos, los hervacanos, los pélicos, los ausetanos, los túrdulos, los aurévacos, los tartesios, los vetones, los pelendones, los lusones y otros muchos que omitimos para no aburrir al lector con tan interminable como extravagante nomenclatura. Supónese aborígenas á los iberos.

Dícese que los vascos ocupaban la Navarra y gran parte de Aragón; los asturos el país conocido por Asturias, y el reino de Leon y Castilla la Vieja; los calecos la Galicia, y los lusitanos Portugal. Preténdese que estos pueblos eran los mas numerosos y dominaban á los demás.

Algunos escritores de la antigüedad veian en el largo catálogo de nombres que acabamos de citar un sinnúmero de pueblos que entraban sucesivamente en España, lidiaban con los naturales, y se establecian en nuestro país por medio de pactos y cesiones de territorio. Y segun que dichos escritores fueran partidarios de los griegos, los rodios ó los galos, atribuian el origen de los invasores á la raza helénica, rodia, etc.

Admitiendo este dictámen, es preciso convenir en que los primitivos españoles se hallaban en incesante y encarnizada guerra y abrumados por doquiera por enjambres de enemigos.

Acaso lo mas racional sea el suponer que la mayor parte de aquellos nombres no significaban precisamente tribus invasoras ó razas distintas, sino que tomaban su denominacion del lugar ó region que ocupaban respectivamente: por ejemplo, del monte, entre los celtas; de la llanura y junto al rio, entre los iberos; del llano y monte, entre los celtiberos; de las gargantas escabrosas, entre los vascones, etc.

Parece natural que cuanto mas lejana se halle de nosotros la época de la fundacion de España, tanto mas groseras y salvajes tenian que ser las costumbres de sus primitivos moradores.

Bien es cierto que la civilizacion egipcia se pierde en la noche de los tiempos y que algunos de sus resplandores pudieron llegar hasta nuestra Península; empero todo esto es problemático y de muy difícil comprobacion. Y además, ¿quién puede asegurarnos que la fundacion del Egipto no coincidió con la de España, ó que la de esta nacion no antecedió á la de aquella?

Segun Mariana, los primeros pobladores de España eran semisalvajes, tenian inclinaciones mas propias de fieras que de hombres, y profesaban la idolatría; aunque no deja de reconocer en ellos varias circunstancias favorables: por ejemplo, que guardaban fielmente cualquier secreto á pesar de todos los medios violentos que pudieran emplearse para arrancárselo, que estaban dotados de grandes ingenios, y sus cuerpos poseian una agilidad y soltura extraordinarias, que en la guerra se mostraban valientes, sóbrios y poco delicados en la comida, rigurosos para con los malhechores, y afables y hospitalarios hacia los extranjeros.

Dícese que la guerra era poco menos que continua entre los españoles, los cuales iban siempre armados, ya para rechazar al enemigo, ya para invadir el ajeno territorio. «Llevaban dos lanzas pequeñas ó dardos, y una espada de dos filos, que los romanos adoptaron despues para sus soldados, y además una especie de sable corvo, cual mas tarde ha usado la caballería árabe ó turca. «Servíanse de la honda con suma destreza, y se defendian de los golpes del enemigo con un escudo forrado de cuero, cuya forma variaba segun las provincias. Todo esto se entiende de los peones: los de caballería usaban por armas ofensivas, tan pronto una espada como una maza ó una hacha, y mas comunmente una larga lanza, llevando por lo regular cada hombre dos caballos á fin de hacer las marchas mas rápidas; usanza que subsiste aun en las orillas del Indo (1).»

Parece que la suerte de las mujeres era muy infeliz; puesto que en algunos puntos acompañaban á los hombres al combate, se dedicaban generalmente á la labranza de las tierras y á otros rudos trabajos corporales: en el parto nadie las asistía; y en vez de que

el marido les prodigara sus cuidados en aquel acto, por el contrario este se metia en la cama y reclamaba ó exigía los de su compañera.

Bien es verdad que se añade que la ley concedía á la mujer (á manera de compensacion por lo pesado de la carga que gravitaba sobre sus débiles hombros) la herencia paterna, con la obligacion de colocar á sus hermanos.

Parece que los cántabros degollaban á los ancianos así que la edad les hacia incapaces de tomar las armas, y que los lusitanos sacrificaban víctimas humanas para leer el porvenir en sus entrañas.

No creemos inverosímil la suposicion de que los primitivos españoles fueran pastores, acaso en su mayor parte; pues la vida pastoril es la primera de que nos hablan las tradiciones antiguas. Abraham, Jacob y todos los patriarcas poseyeron inmensos rebaños, y en el número de estos estribaba principalmente su riqueza y poderío.

Preténdese que el traje que usaban ordinariamente los españoles en tiempo de paz consistía en una túnica de lana negra, á la que á veces se añadía una capucha de lo mismo para cubrir la cabeza, y que se dejaban crecer el cabello y la barba. Las mujeres vestían tambien de un modo muy original.

Atendido el grado de barbarie ó de incivilizacion que algunos historiadores atribuyen á los primeros moradores de España, es de suponer que muchos de ellos no usarian al principio otro vestido que las pieles de carnero y de otros animales; hasta que, sea por el roce y comunicacion con otros pueblos mas adelantados, sea por que la industria nacional se fuera perfeccionando, empezaron á cubrir sus cuerpos con telas y otros objetos artificiales.

A pesar de lo que acabamos de exponer tocante á las costumbres y cultura de los primitivos españoles, no nos parece enteramente despreciable la observacion de un autor, quien, apelando al testimonio de Herodoto, dice que los persas, egipcios, griegos y romanos daban el calificativo de *barbaros* á los pueblos extranjeros ó que no se hallaban bajo su dominacion, sin que de ello deba inferirse que dichos pueblos se encontraban sumidos en la barbarie. Por lo tanto, puede ser muy bien que una mala inteligencia, ó falsa interpretacion, hayan dado lugar á que algunos historiadores considerasen á los primitivos españoles en un grado de incivilizacion y de atraso algo distantes de la realidad.

Supónese que algunos de los pueblos que moraban en nuestra Península se hallaban bastante adelantados en las artes; que unos explotaban minas de oro y plata, mientras que otros, como los celtiberos, situados en la embocadura del Ebro, templaban el acero y fabricaban toda especie de armas ofensivas y defensivas. Dícese tambien que los turdetanos, que habitaban las orillas del Betis, habian hecho muchos progresos en la civilizacion, que cultivaban las bellas letras, y poseian libros de historia, poemas y leyes escritas en verso desde miles de años.

En cuanto á religion, es probable que los primeros pobladores de la Iberia adoraran á los ídolos, ó al menos á los objetos de la naturaleza que les rodeaban, por ejemplo, á varios animales y plantas, como los egipcios, y aun al sol, las estrellas, etc.

Supuesto que nuestros antepasados, sobre todo los celtas, traficaron y entablaron amistosas relaciones con los egipcios, parece natural que tomaran de estos varias de sus costumbres y ceremonias religiosas.

Dícese que nuestros mayores usaban de nichos, que tenian planúderas para cantar ciertas lamentaciones, que enterraban los cadáveres, respetaban la santidad de los templos, usaban de procesiones y rogativas, concedían ciertas prerogativas á la ancianidad, y que se golpeaban los pechos en señal de dolor y luto durante los sacrificios, etc.

Dícese tambien que conocieron la distribucion de los dias por semanas, aunque no fuese la mas generalmente aceptada á la sazón por otras naciones, y que tenian algunas solemnidades religiosas.

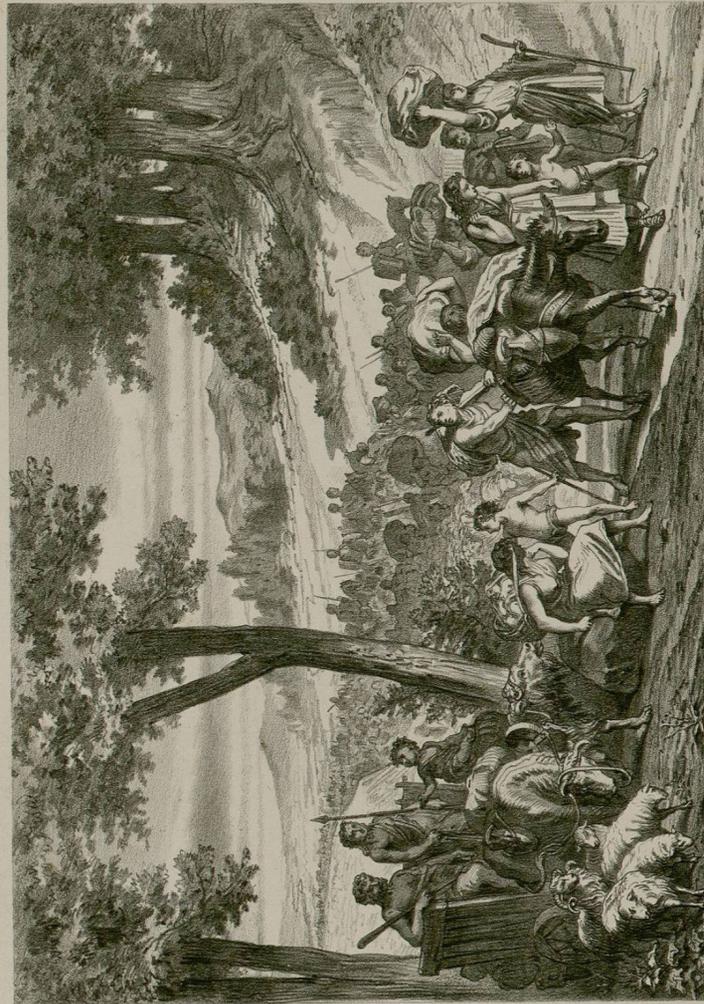
Hay quien cree de algun fundamento la suposicion de que nuestros mayores no fueron politeistas, sino generalmente partidarios del monoteísmo ó de la unidad divina; y esto se infiere de las siguientes palabras escritas por Lucano (natural de Córdoba, en su *Farsalia*, lib. IX, verso 365: *Jupiter est quocumque vides, quocumque moveris*): En todo cuanto ves y á donde vayas está Dios.

Otros autores suponen que nuestros progenitores no tuvieron templos, altares ni estatuas, y que su Dios era el cielo entero.

Por lo tanto en esta importantísima materia, como en otras que hemos ya indicado, reina la mas profunda oscuridad y divergencia de pareceres.

De todos modos, hemos de convenir en que si los primeros habitantes de España adoraron á una sola divinidad, la noción que debían tener de esta estaba envuelta en los mas groseros y deplorables errores, y distaba infinitamente de parecerse al Dios verdadero, cuyo culto solo conocían y profesaban, á la sazón, los patriarcas bíblicos y el pueblo hebreo.

Dícese tambien que los cultos variaban y eran mas ó menos monstruosos y absurdos en las diferentes tribus que formaban el tejido de la nacionalidad española.



VUESTA DE LOS ESPAÑOLES DE SU EMIGRACION POR LA SEQUÍA.

(1) Cortada, *Historia de España*, pág. 21, tom. I.